

CAPITULO CCXXXIX.

Reveses de los españoles en Flandes.—Piérdese la isla de Jamaica.—Guerra de Cataluña.—Espíritu de los catalanes favorable á España.

En virtud del convenio celebrado con Francia, pasaron á Flandes seis mil soldados ingleses bajo el mando de Raynolds, y en breve espacio, ayudados por los franceses, se apoderaron de muchas importantes poblaciones, hasta que finalmente se prepararon para acometer á Dunkerque.

Los españoles acudieron al socorro de la plaza, y sabedores los franceses de que aún no habían recibido la artillería, presentáronles la batalla, la cual mostró desde los primeros momentos desfavorable á aquéllos, contribuyendo á su total ruina la falta cometida por D. Juan de Austria, dejando sin defensa la plaza, por donde, aprovechando lo bajo de la marea, pasó la caballería enemiga y atacó por la espalda á los españoles; indisculpable descuido, más especialmente en Condé, que tanta experiencia tenía en cosas de guerra.

Las consecuencias de esta derrota que costó á España sobre tres mil muertos y gran número de prisioneros, fué que Dunkerque quedase en poder de los enemigos, siguiéndose á esta pérdida la de otra porción de plazas, inclusa la de Gravelinas, que no tuvo otro remedio que rendirse á los veintisiete días de sitio.

Contentos estaban los aliados con el éxito de la campaña, prometiéndose la más feliz todavía para el próximo año, mas también se preparaban los españoles para ella, habiendo venido á reemplazar á D. Juan de Austria en el gobierno de Flandes y los Países Bajos el archiduque Segismundo, hermano de Leopoldo, pues éste á la sazón era ya emperador por muerte de su otro hermano D. Fernando III.

D. Juan de Austria recibió el encargo de pasar á Portugal á proseguir la guerra de aquel reino, y el nuevo archiduque llevó consigo un cuerpo de doce mil alemanes que, unidos á las tropas de Condé y á las del marqués de Caracena, formaban un efectivo bastante respetable.

Entre tanto la guerra en el interior de la Península proseguía con mayor ardor entre franceses y españoles después de la retirada que el marqués de Aytona tuvo que hacer á Aragon, hostigado por Condé, que todavía en aquella época no había abandonado el servicio de Francia.

El mariscal Schomberg, que sucedió á Condé en el vireinato de Cataluña, emprendió las operaciones contra Tortosa, de la cual, se apoderó por asalto, teniendo lugar por parte de la desenfundada soldadesca toda clase de atropellos.

Estos sucesos ocurrían cuando la corte de Madrid, como en otro lugar hemos dicho, irritada por las humillantes condiciones impuestas por Mazarino para la paz, decidió luchar hasta el último extremo, dando gran impulso á la guerra.

Para este efecto confió el mando del ejército al valiente maestro de campo D. Juan Garay, el cual, comprendiendo que era necesario hacer un alarde de fuerza, apenas se puso al frente de las tropas hizo una atrevida expedición hasta cerca de Barcelona, desde donde regresó á Lérida, castigando duramente, durante su escursion, algunos cuerpos franceses que encontró en el camino.

Desde Lérida pasó á sitiar á Castelló, que cayó en su poder, haciendo después sufrir un descalabro al duque de Vendôme, que había sustituido á Schomberg.

Como fácilmente puede comprenderse, la falta que en todo este espacio se advierte de grandes hechos de armas en Cataluña, dependía de una parte, de que lo fuerte de la lucha entre Francia y España tenía lugar en los Países Bajos, y de la otra, que los catalanes iban sintiéndose cansados de la larga duración de aquella campaña, y del poco afecto y del mal trato que estaban recibiendo de los franceses.

Habíanles llamado creyendo que ganarían en el cambio, y veían, por el contrario, que éstos les vejaban y maltrataban, y de aquí iba engendrándose el aborrecimiento respecto á ellos y el deseo de reparar el error cometido separándose de España.

En la misma proporción en que los franceses advertían la tibieza y la falta de cariño con que les trataban los catalanes, aumentaban las vejaciones y el mal trato de que les hacían víctimas, consiguiendo con esto irritar doblemente á aquellos naturales, de suyo orgullosos y amantes de su libertad.

Y á tal punto llegaron las demasías y atropellos de los franceses, que las autoridades catalanas se vieron obligadas á procesar á varios de los gobernadores y jefes franceses, ejecutando á alguno, como sucedió al gobernador de Castell de Arenys, y entregando otros á la justicia del rey de Francia.

Al mismo tiempo gran número de catalanes fuéronse coaligando secretamente, poniéndose de acuerdo con el gobernador de Lérida, que lo era D. Baltasar de Pantoja, á fin de sacudir el yugo francés.

Semejantes noticias no podían ménos de influir poderosamente en el ánimo de Felipe IV y de su ministro D. Luis de Haro, quienes nombraron al marqués de Mortara para el vireinato de Cataluña en reemplazo de Garay, y al frente de un ejército de doce mil hombres abrió la campaña de 1650, consiguiendo apoderarse de Flix y de Miravet.

Pasó después á Tortosa, y el 27 de noviembre ayudado por la

parte del mar por el duque de Alburquerque se apoderó de ella, consiguiendo con estos triunfos que el duque de Vendôme, al ver que era mal acogido en Barcelona, se retirase á su país.

Esto animó á los catalanes, que comenzaron á demostrar de un modo más franco sus simpatías respecto á España, viéndose de cuando en cuando pasquines en que se daban mueras á los franceses, con lo cual el duque de Mortara decidió intentar un golpe sobre la capital.

Para este efecto dióse orden á D. Juan de Austria para que con las galeras de Sicilia, y con toda la gente que tanto de aquí como de Alemania pudiera reunir, viniese á Cataluña.

Hecho esto, Mortara salió de Lérida, en junio de 1651, al frente de un ejército de once mil hombres, entre los que se contaba un buen número de voluntarios catalanes, lo cual demostraba lo disgustados que estaban con sus nuevos señores.

Sin embargo, muy corto era semejante ejército para sitiar una tan importante plaza como Barcelona, y aún cuando los tiempos habían cambiado bastante, de todos modos no era posible llevar á efecto el asedio con tan escaso número de soldados.

Por otra parte, aún cuando el duque de Vendôme había marchado á Francia, quedaba mandando las tropas de la ciudad D. José de Viure Margarit, quien profesaba un aborrecimiento extraordinario á los españoles.

Alguna vacilacion se advirtió en las primeras disposiciones del de Mortara, que colocó sus tropas primeramente desde San Andrés al mar, dejando á la caballería el encargo de vigilar el llano para impedir la entrada de toda clase de provisiones en la ciudad, y poco después varió aquel plan, y dividió su ejército en dos secciones, de las cuales una quedó en San Andrés, estableciéndose la otra en Sans, y quedando á cargo de la caballería el recorrer la falda de la montaña.

D. Juan de Austria, nombrado generalísimo del ejército sitiador, cerraba el puerto con veinte naves de Nápoles; mas á pesar de esto, aún cuando se veían los catalanes faltos del apoyo francés, sin desanimarse un momento, no solamente trataron de resistir, sino que en más de una ocasion atacaron el campamento de Sans, rechazando los asaltos que con mejor deseo que buena fortuna dieron los nuestros.

En tal estado, Mazarino dispuso que acudiese desde el Rosellon el conde de la Motte Houdencourt con cuatro mil infantes y dos mil quinientos caballos, logrando penetrar en la ciudad é infundiendo con su llegada mayor valor á los sitiados.

Pero este refuerzo, si bien permitió que los ataques fuesen más frecuentes, hizo más angustiosa la situación de la plaza, puesto que era un aumento de bocas bastante notable, cuando los medios de subsistencia comenzaban á escasear.

Cuantas tentativas para la introduccion de convoyes se hicieron tanto por la parte del mar como por la de tierra, fueron infructuosas, puesto que vigilando incesantemente los sitiadores, no dejaban penetrar ninguna clase de bastimentos.

En tanto que de una y otra parte se daban recios ataques á los fuertes de Monjuich, San Ferriol, Santa Madrona, San Juan de los Reyes, San Bernardo, Santa Isabel y otros, y que mutuamente solían tomarse y recobrase, y se volaban barriles de pólvora, y reventaban minas con terrible estruendo y estrago, y nuestra caballería talaba las mieses del contorno, y que al campo español llegaban refuerzos por tierra y por mar, los sitiados los aguardaban en vano de Holanda, de Provenza, de Francia y de los somatenes de la montaña.

Balaguer volvía á la obediencia de su legítimo soberano, y los excesos de los franceses en Vich inflamaron de ira los corazones de los habitantes de la comarca, que unidos á los de Manresa, donde residía la Diputacion, acordaron someterse al rey de España y prestarle homenaje en la persona de su hijo D. Juan.

Infructuosamente despachaban los de Barcelona enviados, lo mismo á Francia que á Portugal, para que les ayudasen, y como que estos socorros no llegaban, las discordias en el interior de la ciudad eran cada día mayores.

Para hacer más angustiosa la situacion, la escasez de moneda, haciéndose sentir de un modo extraordinario, obligó al mariscal francés á pedir á los templos la plata y el oro de los relicarios y las alhajas. Esta peticion hubo de dirigirse al Cabildo, en el cual, á pesar de los esfuerzos hechos por algunos de los canónigos favorables al proyecto, hubo otros que protestaron contra él.

«Por último, dice el historiador Lafuente, después de muchas contestaciones y disgustos juntóse un sínodo, en el cual llegó á prevalecer la opinion de la entrega, «con calidad que la ciudad se obligase á restituir en tres años en la misma forma, cantidad y «calidad que se entregasen, y sin gasto alguno de la Iglesia.» Hizose pues moneda de la plata sagrada, con la leyenda: *Barcino civitas obsessa*; y el mariscal la empleó en pagar las tropas y en comprar espadas á los soldados. (1)»

(1) Muchos fueron los objetos que en este concepto se recogieron, y á pesar de que alguna iglesia como la de Santa Maria del Mar se opuso, llegaron á reunirse hasta treinta mil escudos de plata.



J. SERRA. LII.

LII. VIBAL. OLMO. 27.

RENDICION DE BARCELONA.

CAPITULO CCXL.

Toma de Barcelona.—Continúa la guerra con los franceses en Cataluña.—Guerra de Portugal.

No era posible que por un mayor espacio pudieran defenderse los barceloneses.

Llevaban quince meses de sitio, habían hecho todos los esfuerzos imaginables para sostenerse, y únicamente cuando se vieron completamente desamparados de aquellos mismos que más especialmente tenían el deber de favorecerles, de aquellos mismos que tan pomposos ofrecimientos les hicieran, fué cuando pidieron y alcanzaron una honrosa capitulación.

Como que á todo trance les convenía á los castellanos la ocupacion de la plaza, poniendo término á una situación tan anómala, dióse una amnistía general para todos los catalanes, ofreciéndoseles la conservación de todos sus fueros y privilegios y concediéndose honrosas capitulaciones á las tropas.

Únicamente quedó exceptuado de la amnistía Margarit, que tan acérrimo enemigo de España se había mostrado, el cual huyó sigilosamente de la ciudad, quedando de este modo tranquila ésta despues de tanto tiempo de inquietudes y sobresaltos.

El día 11 de octubre, D. Juan de Austria expidió el siguiente decreto: «Por cuanto la ciudad de Barcelona, postrándose á los reales pies del Rey, nuestro señor, con toda reverencia, sumisión y obsequio debido á su grandeza, y mostrando grande arrepentimiento que tiene de los excesos y yerros cometidos en deservicio de S. M., se ha puesto á su obediencia pidiendo perdon de ellos y suplicando que tengamos por bien admitirla en la gracia de S. M., concediéndole perdon de todos los yerros: Por tanto, en virtud de la plena potencia que tenemos de S. M., dada en Madrid á 24 de junio de este presente año 1652, refrendada de D. Francisco Ruiz de Contreras, del Consejo de S. M., en el de las Indias y su secretario de Estado, y usando de ella por el amor que tenemos á la dicha ciudad de Barcelona, la admitimos en nombre de S. M. á su real servicio, y otorgamos el perdon general que nos ha pedido en amplia forma, de todos los excesos y delitos cometidos desde el año 1640, que comenzaron las revoluciones de este Principado, hasta el día de hoy, sin exceptuar persona ni delito de cualquier género, condicion ó calidad, aunque sea de crimen de lesa majestad, si no es de D. José Margarit, que como principal causa de los daños que se han padecido, y por la obstinacion con que persevera con sus errores, no es digno de gozar de este beneficio.—Y porque la dicha ciudad de Barcelona nos ha pedido, en un papel aparte, que le concedamos ciertas gracias contenidas en él, le concedemos tambien que pueda enviar y nombrar una ó dos personas que vayan á ponerse á los pies de S. M. y ofrecemos interponer nuestros oficios para que usando de su clemencia, se sirva otorgar todo lo que se pide en el dicho papel, prometiéndonos de su grandeza que se ha de servir venir en ello; y porque así mismo nos ha representado que quedaria la ciudad de Barcelona en confusion y con dificultad de actuar aún los mismos actos que se han de seguir al de la obediencia que ha prestado á S. M. en la forma referida, deseando complacerla, hemos venido en que se continúe el gobierno civil y político en la misma forma y manera que solía, hasta que S. M. disponga otra cosa.

«En fe de lo cual mandamos dar y damos la presente, firmada de nuestras manos, sellada con el sello de nuestras armas y refrendada del infrascrito secretario de S. M. y de Estado y Guerra de los negocios de nuestro cargo. En el campo de Barcelona á 11 de octubre de 1652.—D. Juan.—Por mandado de S. M., Juan Bautista Arespachoga.»

Una vez Barcelona sometida nuevamente á Felipe IV, parecia natural que, habiendo seguido á la rendicion de la capital la de toda Cataluña, terminase la guerra que por tantos años venia sosteniéndose en el Principado.

Mas por el contrario, los franceses seguían allí, y aún cuando los naturales pidieron al Rey que les facilitase la caballería y que ellos solos se bastarian para arrojar á sus enemigos, la corte no accedió á esta proposicion, y sacó tropas de allí para llevarlas á Portugal, confiriendo el vireinato de Cataluña á D. Juan de Austria, en reemplazo del marques de Mortara.

«Los franceses, dice un historiador, aunque convencidos de que no podían aspirar ya á la posesion de Cataluña, tenían interes en conservar el Rosellon, y en entretener nuestras fuerzas en el Principado. Y lo que fué peor, aquel Margarit, con otros caudillos de la rebelion catalana, como Dardona, Aux, Segarra y algunos más, con una obstinacion ya indisculpable, y siendo no ya sólo rebeldes á España sino traidores á su propio país, prestaron su ayuda á los franceses, si es que no los concitaron, y en julio siguiente (1653), se vió entrar en Cataluña por el Portús al mariscal frances Hocquincourt, en union con D. José Margarit, al frente de catorece mil infantes y cuatro mil caballos, creyendo que todo el país se iba á levantar de nuevo por ellos.

«Y aunque le salieron sus cálculos fallidos, porque sólo se le ahirieron los foragidos, bandoleros y gente perdida, poniéndose, por el contrario, á las órdenes de D. Juan de Austria tercios enteros, de los que ántes habían defendido á Barcelona, con todo lograron hacerse dueños de Castellon de Ampurias y de Figueras, y pusieron sitio á Gerona.

«Guarnicion y habitantes, hombres y mujeres, todos se defendieron con heroísmo por más de setenta días contra el frances.

«Su resistencia dió lugar á que D. Juan de Austria acudiese en su socorro con un trozo de ejército, formado ya en su mayor parte de catalanes, y dándose oportunamente la mano los de dentro y los de fuera, obligaron al enemigo á levantar el cerco con alguna pérdida. Ripoll, San Feliu y algunos otros lugares volvieron al dominio de la Francia, que fué todo lo que en esta campaña pudo hacer Hocquincourt, llamado luego á Flándes, donde le hemos visto despues adherirse al pártido de los príncipes franceses y pelear como aliado de las banderas españolas.»

El príncipe de Conti, que era hermano del de Condé, vino á sustituir en Cataluña á Hocquincourt, poniéndose sobre Puigcerdá en julio de 1654, mientras D. Juan de Austria, con objeto de distraer su atencion, fué á poner cerco á Rosas.

Acudió inmediatamente Conti en su socorro, y á pesar de que los catalanes apostados convenientemente en ventajosas posiciones, causáronle muchas bajas en el camino, consiguió hacer levantar el cerco á D. Juan.

Libres de este obstáculo cayeron nuevamente los franceses sobre Puigcerdá, consiguiendo apoderarse finalmente de la plaza por medio de capitulacion, siguiéndose á esto la rendicion de Villafraña, Urgel y otras fortalezas del interior.

Fácilmente se comprenderán estas pérdidas, teniendo en cuenta que D. Juan de Austria carecia de fuerzas suficientes para poder hacer frente al enemigo, teniendo que resignarse á observar y contener su marcha.

Sin embargo de esto, el año siguiente de 1653 pudo conseguir la toma de algunas plazas, entre ellas la de Solsona, con la cual puede decirse que terminó toda la importancia de la campaña de este año.

Todo lo demas de ella redujóse á choques insignificantes, siendo por este tiempo enviado á Flándes D. Juan de Austria, como hemos visto en otro lugar.

El de Mortara consiguió arrojar del Ampurdán á los franceses, dominando así todo aquel país con única excepcion de la plaza de Rosas; pero aquéllos, con D. José de Margarit, entraron en Blanes, llegando su audacia al extremo de presentarse en el llano de Barcelona.

Mas no consigieron gran cosa con este alarde, puesto que Blanes fué recobrada por los catalanes, Castellfullit comprada por dinero al gobernador frances, y al querer pasar los franceses el Fluviá, el marques de Mortara cayó sobre ellos con todas sus fuerzas, y causándoles grandes pérdidas les obligó á arrojar al río sus cañones.

Posteriormente tuvo lugar otro combate desfavorable tambien para los enemigos, en las cercanías de Camprodon, combate que dió por resultado la toma de esta plaza por D. Próspero de Tutavilla.

Otra vez volvieron los franceses á sitiaria, poniendo decidido empeño en su adquisicion, mas acudiendo en seguida Mortara en su socorro, empenóse muy recia lucha en las orillas del Ter, quedando completamente derrotados los franceses, pudiéndose ya contar éste como el último hecho de armas importante que ocurrió en el resto de la guerra.

Francia no hacia grandes esfuerzos para sostener la lucha en Cataluña, y á su vez España, más atenta á lo de Portugal que á lo de aquí, procuraba sacar todo el mayor número de tropas posible del Principado para llevarlas á aquel reino, donde tan comprometido se hallaba el honor de Castilla, como dice muy oportunamente un historiador moderno.

Y era cierto por desgracia. A pesar de los esfuerzos que en 1648 se hicieron aumentando las tropas que peleaban en aquel país, el nombramiento del marques de Leganes para el mando del ejército no podía satisfacer á nadie, teniendo en cuenta la mala suerte que habia presidido á sus anteriores empresas.

Y este disgusto recibió mayor pábulo al ver que tuvo que retirarse de Olivenza despues de haber llegado á penetrar en ella, merced á la energía del gobernador D. Juan de Meneses, y la falta de actividad y de tino de que dió repetidas muestras, no sabiendo aprovecharse de las disidencias que surgieron entre los mismos generales portugueses, disidencias que los obligaron á suspender las operaciones.

En 1649 el duque de San German, D. Francisco de Tutavilla, fué nombrado general de la provincia de Extremadura, y penetró en Portugal, demoliendo todos los fuertes que los portugueses habían levantado por allí, sin necesidad de disparar un tiro, sosteniéndose todo el resto de la campaña con entradas y saqueos, que devastaban y arruinaban el país, pero que no daban resultado alguno definitivo.

El infante D. Teodosio de Portugal, joven y enérgico, quiso marchar, y lo hizo efectivamente, sin permiso de su padre, á animar á sus tropas, pero reprimido por éste y obligado á regresar á su lado, fué tal el disgusto que experimentó, que enfermó, falleciendo al poco tiempo con gran sentimiento de toda la nacion.



EL DUQUE DE SAN GERMAN.

J. SERA, L.P.

L.P. VIDAL, Oms. 27.

Rivera. Editor. Barcelona. Robador. 24 y 26.